

## QUIROGA, Horacio, *Cuentos seleccionados*, edición de Pedro Mármol Ávila y María Sánchez Cabrera, Madrid, Sial Pigmalión, 2021, 316 pp.

REBECA HIGUERA  
*Universidad Autónoma de Madrid*

---

Los cuentos de Horacio Quiroga (1878-1937) suponen una aportación fundamental para el desarrollo del género en Hispanoamérica, a pesar de algunas duras críticas que han recibido, como la de Jorge Luis Borges: «Horacio Quiroga es en realidad una superstición uruguayana. La invención de sus cuentos es mala, la emoción nula y la ejecución de una incomparable torpeza». Paradójicamente, las palabras del escritor argentino fortalecen a las creaciones de Quiroga porque su medio natural es la adversidad, sobre todo cuando se ambientan en el terreno hostil de la selva donde prevalece la ley del más fuerte para poder sobrevivir. Así lo atestiguan obras deudoras de esa propuesta, como *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera.

*Horacio Quiroga. Cuentos seleccionados* es una recopilación de dieciocho relatos llevada a cabo por Pedro Mármol Ávila y María Sánchez Cabrera y publicada en el 2021 por la editorial Sial Pigmalión<sup>1</sup>. El mayor peligro al que debe hacer frente un libro como este (que trata la obra de un autor consagrado y cuyos cuentos se encuentran recogidos en multitud de antologías) es justificar su pertinencia. Y el presente trabajo no solo consigue esquivar o rodear la amenaza, sino que logra vencerla por distintos motivos: por un lado, la introducción sobre la biografía de Quiroga, su producción literaria y la síntesis de sus temas más recurrentes; y, por otro lado, la cuidada edición

---

<sup>1</sup> A saber: «El crimen del otro», «El almohadón de pluma», «Los perseguidos», «La insolación», «La gallina degollada», «El retrato», «A la deriva», «Los inmigrantes», «Los mensú», «El infierno artificial», «Anaconda», «El hombre muerto», «El desierto», «Los destiladores de naranja», «El regreso de Anaconda», «Los desterrados», «El hijo» y «Las moscas. Réplica de “El hombre muerto”».

textual, acompañada de aclaraciones lingüísticas y datos de interés. Esto consigue que se pueda disfrutar de sus páginas desde varios acercamientos, ya sea en el primer contacto con la obra de Quiroga y sus narraciones más célebres entre las más de cuatrocientas que escribió, como «La insolación», «Anaconda» o «El hijo», o por un interés más filológico, pues se encontrará una bibliografía esencial actualizada y una propuesta crítica sobre la clasificación de los cuentos quiroguianos.

El recorrido que esta selección plantea al lector es una expedición que parte de la obsesión principal de su autor: la fatalidad. Horacio Quiroga nació a finales del siglo XIX y su vida se encuentra marcada por una sucesión de tragedias continuas: la muerte de su padre, la muerte de sus hermanos, el suicidio de su primera mujer o el suyo tras ser diagnosticado de un cáncer de próstata incurable son algunos ejemplos. Estos acontecimientos le proporcionaron una visión del mundo pesimista, plasmada a su vez en su escritura en un mundo sombrío y plagado de peligros, que encontrará su mayor correlato en la selva, tras un primer viaje de tres meses en Misiones junto a Leopoldo Lugones. Quiroga fue una persona muy activa que llevó a cabo todo tipo de proyectos como la crítica de cine, la fundación de una asociación de ciclismo o varios negocios que no prosperaron. Las historias nacidas de esta actitud vital y combativa, pero cuyo resultado es indefectiblemente el fracaso, indagan sobre el sentido de la existencia desde una perspectiva aparentemente contradictoria: reflejan la dura realidad y cultivan la narrativa de la tierra, pero también crean espacios liminares y poéticos en los que lo fantástico hace su aparición como vía de expresión del desencanto. De este cauce se ramifica el resto de sendas que abre la escritura de Quiroga, dirigidas siempre al inevitable final de todo ser vivo, es decir, su muerte.

Así encontramos personajes acosados por la locura, por alguna enfermedad o por alguna adicción que suponen una advertencia para los demás, de manera explícita o implícita. Es el caso de «El infierno artificial», donde un sepulturero aficionado al cloroformo mantiene una delirante charla con el cráneo de un cocainómano. Las desgracias del narrador son de toda índole, desde la pérdida de su familia hasta la imposibilidad de amar, incluso tras la muerte: «sentí que mi deuda con la cocaína estaba cumplida. ¡Me había matado, pero yo la había muerto a mi vez!» (p. 180). La aparente paz solo dura unos segundos, pues la calavera del suicida sigue clamando de sed:

«¡Cocaína, por favor! ¡Un poco de cocaína!» (p. 180).

Los intereses de los protagonistas también los llevan a un falso consuelo como puede ser la tecnología o la lectura. En «El retrato» se narra otra historia de amor fallida pero no por el motivo aparente. Una vez más, tiene lugar la manifestación de un hecho insólito: la fotografía logra devolverle a un hombre la posibilidad de contemplar a su mujer tras su fallecimiento. No obstante, con el paso del tiempo, al hombre le cuesta más conjurar su imagen. Sospecha que la razón es el enfriamiento de sus propios sentimientos, toda una traición, pero nada si se compara con la cometida por ella: «Revelé y su imagen, la de Edith, apareció nítida, sonriente, radiante de vida... pero con los ojos dirigidos al muchacho... Este la había visto dos o tres veces apenas, y seguramente había mirado como yo... Y bastaba a revivirla... El ínfimo cariño que pudiera haberle tenido a ella la revivía...» (p. 140).

Los animales también deben asumir la crueldad de los infortunios padecidos, por el hombre o por la naturaleza, como se plasma en «Anaconda» y «El regreso de Anaconda», respectivamente. En el primer título, la aparición del ser humano en el hábitat de las serpientes las llevará a dejar a un lado sus diferencias y cooperar entre ellas para intentar sobrevivir. En su segunda parte, el agua será el principal enemigo, ya sea por la sequía o por las lluvias torrenciales, y los habitantes de la selva se retratan esclavos de esta dependencia constante para vivir. Estas fábulas, además, muestran el profundo interés que tenía Quiroga por las especies autóctonas y sus características, ya que desarrolla varias descripciones detalladas de la fauna con un vocabulario preciso: «Las Cazadoras estaban representadas esa noche por Drimobia, en primer término, cuyo destino es ser llamada yararacusú del monte, aunque su aspecto sea bien distinto. Asistían Cipó, de un hermoso verde y gran cazadora de pájaros; Radínea, pequeña y obscura, que no abandona jamás los charcos; Boipeva, cuya característica es achatarse completamente contra el suelo, apenas se siente amenazada» (p. 204).

La selección es coherente porque despliega ante el lector el proceso mediante el cual Quiroga parte de su diálogo inicial en sus narraciones con Edgar Allan Poe, el criollismo o el modernismo, y acaba creando un mundo autónomo y autorreferencial, en especial con su libro de cuentos *Los desterrados* (1926). Esta evolución queda reflejada en tríos como «El almohadón de plumas», «La gallina degollada» y «El hijo». En el primero se trata la figura

del vampiro, pero no se termina de redondear el terror que debe inspirar la aparición de la criatura; el segundo lleva a un horrible desenlace, sobrecogedor por la concatenación de los hechos que terminan en una carnicería, pero no explota del todo el significado de la muerte; en cambio, «El hijo», penúltimo relato recogido, nos muestra magistralmente la dureza de la muerte y el dolor que causa a los seres queridos. Un padre incapaz de decir adiós a su hijo, de asumir lo visto, se hunde en su propia fantasía. Y sitúa en la misma posición al lector, mostrando con claridad dos espacios: el primero, la injusta e ineludible realidad, y el segundo, la quimera de la justicia poética que ofrece la locura, o lo que es lo mismo, la literatura: «Sonríe de alucinada felicidad... Pues ese padre va solo. A nadie ha encontrado, y su brazo se apoya en el vacío. Porque tras él, al pie de un poste y con las piernas en alto, enredadas en el alambre de púa, su hijo bien amado yace al sol, muerto desde las diez de la mañana» (p. 305).

En conclusión, *Horacio Quiroga. Cuentos seleccionados* es un volumen que muestra viva la tradición hispanoamericana al acercar una de sus voces esenciales tanto a un público que esté por descubrirlo como a aquellos que ya han viajado al corazón de la selva con sus relatos. La introducción, la edición y la selección construyen un corpus sólido que da cabida a los principales temas y recursos de Quiroga: la fatalidad de la vida, la búsqueda del hombre por encontrar una válvula de escape para su miedo y su dolor, y la cruda realidad de la muerte. Además, se plasma la evolución de la escritura quiroguiana, al principio muy trasparente en su conversación con otros autores, como Poe, hasta llegar a un tratamiento muy personal del terror y lo fantástico.